

Freddie's illness and last months

By Sean O'Hagan

Freddie Mercury fue oficialmente diagnosticado seropositivo en 1987, un año antes del álbum *Barcelona*. Pasó sus últimos años en Londres y Montreux, en un estrecho círculo de amigos que incluía a sus ayudantes personales, Peter Freestone y Joe Fanelli, su manager Jim Beach, y el segundo gran amor de su vida, Jim Hutton. "Asumí y acepto lo inevitable," recuerda Mary Austin, "Vi a un hombre convertirse en alguien increíblemente valiente". Se lo comunicó uno a uno a su círculo inmediato, así como a la banda, que llevaba ya algún tiempo esperándose lo peor, pidiendo a cada uno de ellos que no hablaran nunca más del tema. "Aceptó" dice Peter 'Phoebe' Freestone "que era uno de los desafortunados. No se lamentaba de nada. Bueno, tal vez de una cosa – que le quedaba todavía mucha música dentro". Con este fin, grabó con Queen durante todo el tiempo que pudo. Cuando los demás miembros de la banda se enteraron oficialmente de su enfermedad, se "apiñaron en torno a él como una concha protectora", en palabras memorables de Brian May. Queen grabó otros dos álbumes aclamados por la crítica, *The Miracle* en 1989 e *Innuendo* en 1991, y el cantante se empeñó hasta el final en imponer unos niveles de control de calidad que para entonces eran ya físicamente rigurosos.

En su penúltima aparición en vídeo, arreglado como un Lord Byron trastocado, Freddie cantó *I'm Going Slightly Mad* (Me estoy volviendo un poco loco). El hombre tenía estilo y actitud para quemar. En el último vídeo de Queen, *Days of Our Lives* (Días de Nuestras Vidas), tiene un aspecto frágil, etéreo, como si el viento fuese a llevárselo en cualquier momento. Han desaparecido los gestos extravagantes, el movimiento constante, y en su lugar hay una dignidad frágil y reposada. Sus últimas palabras en filme fueron "Todavía os quiero", susurrados íntimamente al público que lo adoraba. Una diva hasta el final.

Uno de los últimos actos característicamente extravagantes de Freddie Mercury fue comprar un apartamento en Montreux, cerca del estudio de grabación de Queen, y decorarlo en magnífico estilo, sabiendo que nunca viviría allí. Un acto final de desafío contra la mortalidad intrusa. Ocurría lo mismo con su insistencia hasta el final en salir a cenar, a menudo pasando días enteros en la cama para hacer acopio de energía y poder invitar a sus amigos a un restaurante exclusivo. Puro estilo, pura clase. En la serenidad de postal de Montreux, que en el pasado Freddie habría encontrado extremadamente aburrida, pareció encontrar una sensación de paz y soledad, algo de lo que había estado escapándose gran parte de su vida. Pasaba días enteros mirando el lago, perdido en ensoñaciones privadas. Escribió dos últimas canciones tristes, *A Winter's Tale* (Relato de Invierno) – el título lo dice todo – y, con Brian May, la elíptica y biográfica *Mother Love* (Amor de Madre), una canción sobre el regreso al seno materno. Una canción sobre la sensación de seguridad, de calor, de consuelo espiritual, emocional y físico.

De nuevo en Londres, comenzó a pintar y dibujar por primera vez desde que abandonara el Ealing College of Art. Recostado en la cama pintó a sus gatos, pintó acuarelas abstractas. El single número cuarenta de Queen salió en octubre de 1991, titulado *The Show Must Go On* (El Espectáculo Debe Continuar). Pura baladronada, puro Freddie, puro Queen. La cara B era *Keep Yourself Alive* (Mantente Vivo). El 23 de noviembre fue emitida a la prensa una declaración, aprobada por Freddie, confirmando lo que muchos habían sospechado, que Freddie Mercury tenía SIDA. Murió al día siguiente. Se emitió un comunicado a medianoche: "Freddie Mercury murió en paz esta noche en su casa de Kensington, Londres", decía simplemente. "Su muerte fue a resultas de una neumonía bronquial, provocada por el SIDA".

En su cremación, la música era una grabación de *You've Got A Friend* (Tienes un Amigo) cantada por Aretha Franklin. Con el ataúd de roble desapareciendo entre las llamas, la voz grabada de Montserrat Caballé estalló con *D'Amor sull'ali rosee*, la aria de *Il Trovatore*, de Verdi, la pieza de música más querida de Freddie Mercury. Incluso en la muerte tenía talento para sorprender.

Made In Heaven (Hecho en el Cielo), un álbum de Queen que empleó tecnología digital para volver a juntar a los cuatro miembros de Queen, incluso en ausencia de Freddie, fue un epitafio apropiado, pese a que irónicamente era, en tono y contenido, el álbum menos Queen de todos los que sacó el grupo – majestuoso y reflexivo, sentido y tierno. Por fin las muchas máscaras que habían ocultado la verdadera cara de Freddie Mercury parecieron desaparecer durante la composición y grabación de estas últimas canciones de despedida. "El maquillaje se me está borrando, pero la sonrisa permanece", cantaba valientemente, pero quedaba revelada una honestidad y una vulnerabilidad desconocida y conmovedora.

El 20 de abril de 1992, los otros tres miembros de Queen celebraron un concierto en tributo a Freddie Mercury en el Estadio de Wembley, con toda una gama de estrellas invitadas que cantaron en directo lo que acabó siendo la lista de los mayores éxitos de Queen. George Michael, David Bowie, Annie Lennox, Liza Minnelli, Axl Rose y naturalmente, su gran amigo Elton John, se encontraban en la formación estelar. Elizabeth Taylor, infatigable paladina del SIDA y la encarnación de la diva del celuloide, dio un discurso en honor de Freddie. No obstante, su ausencia en aquel escenario de Wembley fue dolorosa, mientras un artista tras de otro daba rienda suelta a su pasión por aquellos himnos y épicas canciones de amor; irónicamente, cada actuación recordaba al maestro. En lo que concierne a la discografía de éxitos de Queen, absolutamente nadie lo hace mejor que Freddie Mercury. El Mercury Phoenix Trust también fue establecido ese año, y sigue recaudando fondos para causas relacionadas con el SIDA. En 1991 se volvió a lanzar *Bohemian Rhapsody*, y una vez más se fue directamente al Número Uno, recaudando más de un millón de libras esterlinas para el Terence Higgins' Trust. Y en un acto que le hubiese encantado a Freddie, Montserrat Caballé interpretó su canción pop operística original. Freddie, de una forma u otra, sigue vivo.

Nadie, salvo las personas más cercanas a Freddie Mercury, sabe dónde fueron esparcidas sus cenizas. No hay ningún monumento a Freddie Mercury en Gran Bretaña, salvo su discografía. El día de su cumpleaños, y en el aniversario de su muerte, los fans se congregan en Garden Lodge, donde ahora vive Mary Austin rodeada del culto legado de Freddie – las obras de arte, los artefactos, el mobiliario Imperio, todos los fragmentos caros y estéticamente agradables que fue acumulando antes de su partida. Todos los años Mary les lee una breve declaración, una oración de conmemoración. Me viene a la mente, en la misma naturaleza de su muerte y en el luto que aún le rodea, no una mera estrella pop, sino un Valentino, una Callas. Freddie, estoy seguro, aprobaría esas comparaciones.

Aprobaría también con toda seguridad la estatua de más de dos metros de altura, en modo de actuación a pecho descubierto, que observa el Lago de Ginebra desde un plinto en la orilla de Montreux. Es una escultura de Irena Sedlecka, una artista monumentalista checa mejor conocida por los relieves heroicos que decoran la entrada del museo de Lenin. Con el puño en alto, el bíceps tenso, Freddie está erguido en pose de rock de estadio, de cara a la puesta de sol al otro lado del lago, de espaldas a los curiosos y fieles que acuden al lugar. "Si hubiese sabido que estaría de espaldas a la gente", comentó Irena después, "habría prestado más atención a su trasero".